

Jesús Crucificado



«Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia, sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: Ven al Padre» (Rin.VII, 2).

«Me sé de memoria a Jesucristo crucificado»

También de San Francisco podemos decir que es uno de los hombres que más se han identificado con Jesucristo crucificado. Se lo sabe de memoria, porque lo tiene vivo en la memoria, en la mente y en el corazón; porque lo siente y lo vive; porque está crucificado con él. Se lo sabe de memoria, porque él mismo es el libro en que puede aprenderlo; no tiene más que mirarse a sí mismo y verá en su propio cuerpo los estigmas de la Pasión, y todo su ser está lleno de los sentimientos de Jesús. Es un Cristo crucificado vivo, no sólo por las llagas, sino por su paciencia, su perdón, su desprendimiento, su humildad, es decir, por su amor hasta la entrega. ¡Qué bien ha aprendido la lección de Jesucristo!

«El amor no es amado», repetía Francisco, y él quería amarle por todos. Y quería más. Quería conocer bien los dolores de la Pasión de Cristo, pero no teóricamente, sino por «la comunión con sus padecimientos»; quería asumir y compartir los sentimientos de Cristo. Quería hacer realidad lo que más tarde expresaría magníficamente San Ignacio en sus Ejercicios: «Dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena como Cristo pasó por mí». Y en verdad que lo consiguió. En una noche de fuego, casi al amanecer, él siente que el Espíritu de Cristo tomaba posesión de él, le quemaba, le ponía un sello incandescente; era la imagen viva de Jesucristo crucificado. Sentía a la vez un dolor inmenso y un gozo insuperable. Todo su cuerpo le abrasaba y todo su espíritu saboreaba la dulzura de la miel. No tardaría en constatar que sus manos y sus pies y su costado estaban heridos a fuego, estigmatizados, y el dolor era intenso. Aquello fue como el doctorado en esta escuela del misterio pascual. Y el pobre Francisco aún no estaba satisfecho, quería asumir el dolor de todos los hombres, el dolor del mundo, para convertirlo en fuente de amor, como su maestro: Cristo.

(De un libro «Un Dios para tu hermano»